

# ENFERMERIA: ¿UNA MARAVILLOSA AVENTURA?\*

*Cecilia Mabel Restrepo de A.\*\**

Han transcurrido veintisiete años, desde la mañana aquella de febrero, cuando por vez primera crucé el umbral de la Escuela de Enfermería. Desde entonces, con excepción de tres años, mi vida profesional ha estado ligada a ella y he sido testigo y elemento activo de su evolución.

Hoy, al escribir este relato, me asaltan los recuerdos y luchan por salir en tropel como buscando no quedarse en el tintero. Son veintisiete años tejidos de historietas, vivencias, reflexiones, anécdotas; remembranzas de todos los matices; alegrías y sinsabores cotidianos, elementales, simples; momentos... algunas veces trágicos, otras quizá cómicos; ninguno con las características de un magno evento, ni mucho menos los hechos trascendentales que merecen figurar en los anales de una Historia de la enfermería en Antioquia. Es la pequeña historia de una vida, de una de tantas piezas que a lo largo de cuarenta años hemos conformado en este engranaje que es la Facultad de Enfermería.

---

\* El presente relato obtuvo el tercer premio en el concurso literario *Mi paso por la Facultad de Enfermería*, convocado con motivo de los 40 años de la Facultad de Enfermería de la Universidad de Antioquia.

\*\* Profesora Departamento Atención materno-infantil. Facultad de Enfermería Universidad de Antioquia.

Todo comenzó a mediados de 1962, cuando el doctor B., sico-orientador de aquella época, realizó en el colegio un seminario sobre orientación profesional para quienes terminábamos el bachillerato en aquel año. Mi decisión no fue difícil; en honor a la verdad, el campo de la salud me atraía poderosamente desde niña; la idea de ayudar a la humanidad me obsesionaba y en ello jugó un importante papel mi abuelo, médico y humanista por excelencia, de quien recibí las mejores lecciones de mi vida; abuelo y maestro a quien nunca olvidaré...

Aún recuerdo vívidamente el domingo aquel, cuando muy pequeña me llevó a conocer el primer pabellón para niños, del hospital San Vicente de Paúl; el pabellón Clarita Santos... Allí recibí una de las mayores impresiones de mi vida, de esas que hacen surco, siembran semillas y dejan huellas perennes, y allí también conocí por vez primera, lo que eran las enfermeras: esas estudiantes de enfermería, con su uniforme azul claro, su delantal almidonado y sus tocas inmaculadas; un atuendo impecable que durante tantos años fue la imagen y distintivo de quienes con vocación, abnegación y sacrificio se dedicaban a la encomiable labor de prepararse para cuidar a los enfermos, y quienes forjaron un estereotipo positivo y noble para la profesión.

Las enfermeras –religiosas y seculares–, que vi aquel día desempeñando sus tareas, me impresionaron, no sólo por su atuendo, sino por la forma de llevarlo y sobre todo por el mensaje silencioso de amor, entusiasmo, convicción y compromiso con una identidad profesional, humanística por excelencia, desde muchísimo tiempo atrás cuando aquel puñado de mujeres –nobles de pensamiento y acción– empezaron a cimentar lo que hoy es la enfermería y fueron logrando para la profesión, una serie de tradiciones y valores... fundamento y piedra angular de nuestro quehacer profesional.

Pero volvamos al relato. A esas impresiones de la niñez se fueron sumando otros aspectos que al momento de mi decisión jugaron también su papel; por una parte, la formación del hogar y del colegio en los que se nos inculcó siempre la trascendencia de luchar por nobles ideales, y por otra, las opciones que en el medio se le presentaban a la joven bachiller para continuar estudios de formación superior.

En aquel entonces las opciones eran relativamente limitadas para la mujer, y aunque se iniciaba la década de los sesentas, catalogada hoy como un decenio de controversias, ruptura y cambio, y el movimiento de liberación femenina empezaba a cobrar fuerza, en nuestro medio su influencia aún era muy incipiente y sólo una que otra compañera se atrevía a ingresar a una de las carreras que hasta entonces –y con pocas excepciones–, eran aún consideradas casi exclusivamente masculinas; retando la tradición, liberándose de los prejuicios y enfrentándose a los cánones establecidos, rompían con la arraigada idea de que la mujer estaba hecha para el hogar; las demás, “zanahorias”, es decir, menos atrevidas, más sometidas, optábamos por las carreras “femeninas”: Enfermería, Arte y decorado, Trabajo social, Bibliotecología recientemente fundada, o bien, Orientación familiar o el hogar paterno o el propio, preparándonos en la práctica de menesteres como: manualidades, culinaria, costura e incluso puericultura, es decir, optando de una vez por todas al título de Amas de casa.

Yo, –“zanahoria” de medio campo o mejor, moderada– opté por la enfermería. ¿El motivo?... simple como la decisión; para mí las diferencias entre la medicina y la enfermería no eran muy claras aún; la especificidad de cada una de ellas era muy vaga y sutil, en el sentido de que lo que me interesaba realmente era el servicio a la humanidad y ese ideal reposaba por igual en ambas carreras; esa era mi motivación: me atraía lo que hacían, no cómo lo hacían... ni me preocupaba establecer o conocer muy bien sus diferencias, para mí éstas eran cuestión de forma, no de fondo...

En mis cavilaciones juveniles, en aquellas fantasías que nos asaltan con tanto vigor durante la adolescencia, me veía por igual como la versión femenina del Dr. Kildare, o como toda una Florence Nightingale recorriendo los pabellones de un hospital o en los campos de batalla realizando acciones heroicas y salvando vidas, como las que protagonizaban médicos y enfermeras en las películas y en las novelas que solía leer.

Para mí, la única diferencia entre ambas profesiones la descubrí en las conversaciones en casa, o con mis compañeras de colegio: la medicina era “una carrera muy larga... que exigía mucho estudio y consagración”, y yo, precisamente, no era ese dechado de consagración y estudio. La enfermería, en cambio era, según las opiniones: “más femenina y más corta” y

exigía sacrificar sábados, domingos y festivos, además de una serie de requisitos y exigencias que a la mayoría de mis compañeras las horrorizaba; para mí estas opiniones eran secundarias: era el costo de una vocación, una especie de dote, necesaria y formadora, para alcanzar el ideal.

Finalmente, en mi decisión influyó también aquel adagio que reza: “Más vale ser cabeza de ratón... que cola de león”; la enfermería en nuestro medio apenas comenzaba; con sus escasos doce años de funcionamiento, la Escuela entregaba cada tres años una promoción de enfermeras, más bien pequeña y conformada en su mayoría por religiosas de La Presentación –pioneras de la Enfermería en Antioquia–, a quienes entonces, estaba encomendada la administración de la Escuela y la de las pocas instituciones de salud que existían en nuestro medio, responsabilidad ésta compartida por otras dos o tres comunidades religiosas; sin embargo, los grupos de estudiantes se venían conformando cada vez más con seculares provenientes de los municipios de Antioquia y de otras regiones del país.

El tesón, la voluntad de servicio y ese espíritu de trabajo responsable, callado, comprometido y altruista –de esas pioneras–, empezaban a cosechar frutos, recompensas de gran valor para la profesión, entre las que quiero destacar la consecución de una sede propia: elemento inicial pero fundamental en nuestra historia, para lograr años más tarde esa autonomía por la que tanto se luchó y por la que tanto debemos seguir luchando para conservar... sede cuyo umbral crucé en febrero de 1963 para embarcarme en una de las más maravillosas aventuras de mi vida: La de una vocación profesional.

Con un itinerario fantasioso, tal vez colmado de romanticismo y utopías, pero con la firme voluntad de recorrerlo, precisamente porque era “cabeza de ratón”; era algo así como un reto pues algún día la profesión y la Escuela lograrían el lugar destacado que merecían en el concierto de las disciplinas sanitarias... y yo quería firmemente contribuir a ello.

Aquel primer año fue para mí como una caja de Pandora: todos los bienes y todos los males de la profesión empezaron a surgir en ambivalente tropel. Por un lado, la angustia que nos atenazaba en la clase de Anatomía, cuando “Pronador” abría su libreta en que celosamente conservaba las fotografías

o “poncherazos” de las integrantes del grupo y no sé qué otros datos y con una mirada penetrante recorría el auditorio para encontrar las víctimas que aquel día responderían a sus corchadoras o capciosas preguntas, o bien, para mostrarle, en vivo y en directo: los conductos biliares, el ventrículo izquierdo o la válvula mitral, entre un conjunto de órganos dispuestos en una cubeta loceada, ya desconchada por el paso de los años; otras veces, se trataba de seleccionar el yunque o el martillo, –cuando no se le ocurría preguntar por la tibia o el fémur–, entre una colección de huesecillos amarillentos y desgastados por el nervioso manoseo de los estudiantes, al momento de responder. Aquel momento crucial era como un angustioso rito y alcanzaba su clímax, cuando el dedo acusador y la mirada penetrante del profesor frenaban en seco, señalando a la Peláez... la Molina... la Mejía... o la Restrepo...

Otra de nuestras angustias era la clase de procedimientos y técnicas de enfermería: el aula dispuesta en perfecto orden y pulcritud simulaba una pequeña sala de hospital, con cuatro camas y pacientes-maniqués, –víctimas de nuestras equivocaciones–, con presuntos diagnósticos de anemia e ictericia iatrogénicas, es decir, por el uso y el abuso de tantos baños parciales y generales; alopecia severa por los baños de cabeza y tantas posturas del turbante de rigor en la preparación preoperatoria, y múltiples afecciones de la piel y de las articulaciones por los continuos pinchazos, las curaciones, las inmovilizaciones, los cambios frecuentes de posición para lograr habilidades y destrezas en relación con la mecánica corporal, el tendido de las camas y muchos otros procedimientos.

Las mayores preocupaciones, en esta clase, recaían en la correcta preparación y disposición de los equipos, los ángulos y las “milimétricas” medidas en los tendidos de cama, y lo más tensionante de todo: que le tocara a una, como punto de examen, el arreglo del cadáver y el aseo de unidad; preocupaciones todas que desde estas simulaciones hasta las prácticas reales, nos acompañarían a lo largo de nuestros tres años de estudio.

Y fue precisamente el aseo de unidad, el procedimiento que le correspondió ejecutar a la compañera a quien más le aterraba. Recuerdo el dramatismo de aquel examen: una a una fuimos desfilando ante el jurado calificador, compuesto por nuestras instructoras y en presencia de la Madre

superiora, directora a quien profesábamos gran respeto, para sacar al azar una diminuta tira de papel en que estaba anotado el procedimiento o la técnica decisiva para aprobar y lograr la tan ansiada toca, de cuya imposición dependía nuestra continuación en la aventura; rezábamos, cruzábamos los dedos y atentamente presenciábamos el desempeño de cada una; le llegó el turno a nuestra compañera... y efectivamente sacó el tan temido papelito: “aseo de unidad”, lo leyó con voz muy baja y, como obnubilada, se dirigió lentamente a la cama donde reposaba el paciente maniquí; los ojos de todas permanecían fijos en sus movimientos, el silencio era total... y en un arrebato de fortaleza, haciendo acopio de valor, enrolló: paciente, almohada, tendidos y colchón, y los depositó en el compresero... Acto seguido, miró fugaz pero penetrantemente al jurado; giró sobre sus talones, y entre desconsolada y triunfante se sentó, ante el desconcierto de todas las presentes; era quizás el triunfo de una rebeldía que ya empezaba a cobrar fuerza entre el grupo –tanto entre seglares como en las religiosas–. Y fue precisamente esa rebeldía incipiente la que durante la carrera nos depararía alegrías y sinsabores, así como triunfos y pequeños logros para el estudiantado y para la profesión.

Recuerdo aquel día cuando nos reunieron en pleno, y la Madre superiora con voz entrecortada y las mejillas rubicundas, airadamente dijo: “Parece que Fulana de tal tomó parte en el *motín*...”; el tal *motín*, pronunciado con marcado acento costeño, propio de donde era oriunda nuestra directora, aún resuena en nuestros oídos. No fue un *motín* en el preciso sentido de la palabra, fue simplemente una travesura estudiantil en la que participaron cuatro o cinco compañeras; pero en aquella época, cualquier “descache o salida del guacal” era un acto imperdonable, como imperdonable era transgredir cualquiera de las normas de nuestro reglamento o la recomendaciones para la práctica clínica: cabello corto o recogido; uñas cortas, limpias y sin barniz; uniforme completo e impecable, nada de adornos y maquillaje...

Aún recuerdo a la Hermana supervisora de prácticas en el hospital, cuando entre las seis y media y las siete de la mañana, se paraba en la puerta que da a la fuente del hospital, donde quedaban la salita de descanso, los baños y una pequeña tienda para uso exclusivo de las estudiantes de enfermería. De reloj en mano vigilaba la llegada a tiempo y la presentación personal

de cada una de las estudiantes, quienes complementábamos este rito matinal limpiando los zapatos con “griffin”, cambiando medias de puntos idos por el repuesto que cargábamos siempre en el bolso y marcando tarjeta, especie de control conformado por tableros de madera, donde al frente de cada nombre había un pequeño agujero en el que introducíamos una diminuta ficha plástica de colores, similar a un clavo recortado, que hacía parte de un juego de ingenio muy de moda en aquellos días. Más de una estudiante, por su llegada tarde o inadecuada presentación, fue devuelta a su casa, para pagar la falta un domingo o festivo –de tiro largo– es decir, con un “corrido” como se denominaban aquellos interminables turnos de siete a siete.

Otra transgresión consistía en charlar con los médicos en las avenidas, los pasillos o las salas del hospital; extenderles la mano para saludarlos o despedirlos; tratos confianzudos o descorteses, siempre de “doctor”; viajar en un carro al lado del chofer aunque fuera el papá fumar en público y frecuentar sitios como heladerías, almacenes y otros; todo esto cuando se llevaba el uniforme y especialmente la toca... Y era precisamente la toca, la que nos quitaban por tales transgresiones; castigo muy severo y vergonzoso porque era como ir al hospital sin ropa..., a quien le ocurría esto, pasaba por momentos muy penosos: atraía todas las miradas, suscitaba cuchicheos y una que otra pregunta indiscreta: “¿Qué hizo... tan grave?... ¿Por qué la destocaron?...”

Todos aquellos aspectos negativos y molestos de las múltiples exigencias cotidianas se veían, en cambio, superadas por las alegrías y compensaciones que sentíamos al cumplir cabalmente con nuestros pacientes. En lo profundo del corazón y en nuestra memoria iban quedando grabadas las sonrisas, las expresiones de afecto y la silenciosa gratitud de cada paciente que atendíamos.

Por mi mente cruzan hoy, fugaces, los recuerdos: las cargas emocionales, los afectos, los sentimientos, a veces encontrados. La tristeza, la frustración y la impotencia ante la muerte...; la sorpresa y la alegría ante la sublimidad de cada nacimiento... el asombro ante la vida; el sufrimiento y la desazón frente al dolor y al llanto; la ternura que despiertan los niños, sus contagiosas risas y subrepticias sonrisas...; sus mohínes, juegos y travesuras...;

la valentía, la paciencia, el deseo de vivir y la capacidad de lucha contra la adversidad, así como también la incertidumbre, el abandono, la sensación de soledad y el miedo; el sometimiento, la resignación y la desesperanza de hombres, mujeres, niños y ancianos.

Y entre todos ellos –en su papel de pacientes– aquellos: que dejan asomar a flor de piel la fragilidad de su machismo; el conflicto interior de una mujer que debe preocuparse por sí misma... por los suyos; la ingenua obediencia de un niño ante las promesas siempre incumplidas y finalmente, la progresiva extinción de un organismo anciano que intenta contar hasta el final su historia...

Durante esos tres años, la Escuela de Enfermería nos fue formando, fue modelando nuestro perfil profesional basado en una filosofía eminentemente humanística, en tradiciones y valores, con exigencias que en conjunto formaban el espíritu profesional. La capacitación, más técnica que científica, nos permitió adquirir habilidades y destrezas difícilmente posibles hoy en día; en otras palabras, nos formaron para ejercer el arte de la enfermería, un quehacer más expresivo que instrumental que permite a quien lo ejerce: sentir, pulir y perfeccionar, día a día, lo que hace. Entonces sí, ante cada obra terminada, estampar su firma con satisfacción y orgullo, como sello de calidad por la labor cumplida.

En cuanto a la ciencia, nos suministraron los elementos de la medicina; los principios y leyes de las ciencias biológicas, sociales y del comportamiento, que la motivación y el deseo de superación y de progreso nos impulsaron a indagar, complementar, profundizar y ampliar... Y fue entonces cuando comprendí que uno puede llegar hasta donde se lo proponga con disciplina, consagración, estudio y reflexión; la enfermería no era esa profesión “fácil y corta” que la opinión creía y que yo misma había juzgado en mi mente, era mucho más que eso; ¡Era algo por lo cual valía la pena luchar!... Era un reto continuo al intelecto y era un compromiso para con los pacientes –sujetos de nuestra atención– al igual que con la sociedad y con nosotras mismas. Y... ¡Me enamoré de la profesión!

Comprendí también que la enfermería no era una profesión terminada: era sí una respuesta a necesidades específicas de la humanidad que desde si-



glos atrás se había iniciado; respuesta en la que todos y cada uno de los que nos precedieron habían aportado su granito de arena, habían puesto las primeras piedras y habían sentado unas bases para que a través de los años se continuara construyendo, elaborando, modificando, adecuando e incluso reparando; una respuesta que, cimentada en sus valores, fuera creciendo, desarrollándose, progresando...; era –y sigue siendo– un reto para cada generación, cada grupo y cada profesional de enfermería; un reto que había que afrontar. Con decisión y compromiso, acepté su reto.

Han transcurrido veintisiete años, me apresto a cruzar nuevamente el umbral de la hoy Facultad de Enfermería, para salir de la aventura; muchas cosas han cambiado, radicalmente... La caja de Pandora continúa dejando salir cosas buenas y malas... mucho se queda entre el tintero; no es mi propósito evaluar..., es sólo un relato muy breve en el que se mezclan lo cómico y lo trágico de un quehacer cotidiano, simple, elemental... pero sorprendente y bello para quien lo ha recorrido como una de las aventuras más maravillosas de su vida; una aventura en la que, a lo largo de su trayecto, en cada recodo del camino, en cada paraje, en cada circunstancia, he tratado de aportar lo mejor de mí misma y sobre todo, en la que he querido contagiar mi entusiasmo a quienes me han acompañado o me han precedido en ella...

Siento nostalgia... añoro pérdidas que se han sucedido, pero también siento satisfacción por los logros y por el desarrollo actual de la Facultad y de la profesión. En lo personal, me siento orgullosa de hacer parte de la “cabeza de ratón”..., agradezco las influencias que motivaron mi decisión; hoy considero muy importante y magna mi profesión. Tal vez mi aventura no habría sido tan maravillosa, si la hubiera recorrido en la “cola de león”.